

El problema de los traductores en la guerra global contra el terrorismo

Francisco Jesús Robles Torres

Universidad de Granada
algarnati@wanadoo.es

Resumen: La guerra global contra el terrorismo, desencadenada como consecuencia de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, ha obligado a diversos países a contratar rápidamente a numerosos traductores de árabe y de otras lenguas que puedan descifrar las comunicaciones de los presuntos terroristas. La intensa actividad de traducción provocada por la lucha contra el terrorismo ha puesto de manifiesto algunos de los problemas a los que se enfrentan estos traductores, desde la diversidad dialectal de las lenguas con las que trabajan hasta la desconfianza de las autoridades. En este artículo abordaré algunos de los incidentes y problemas que en este aspecto han surgido en Estados Unidos y España, dos países que pueden considerarse representativos de la importancia de la traducción en la lucha contra el terrorismo.

Palabras clave: traducción, árabe, terrorismo, cuerpos de seguridad, ética, dialectos

Abstract: The global war on terror triggered by the 9/11 attacks in the United States has forced several countries to hastily hire many translators proficient in Arabic and other languages that can decipher the communications held by presumed terrorists. The intense translation activity caused by the fight against terror has turned the spotlight on some problems facing these translators, ranging from the variety of dialects in the languages they work with to the lack of trust placed on them by the authorities. In this article, I will raise some of the incidents and problems connected with translators that have arisen in the United States and Spain, two countries that can be considered representative of the importance of translation in fighting terror.

Keywords: Translation, Arabic, Terrorism, Security Forces, Ethics, Dialects

*«It's a good thing the translators are not allowed to carry guns»
(Sibel Edmonds, traductora despedida del FBI)*

Introducción

Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos inició una campaña para neutralizar a los grupos terroristas islámicos y evitar así que se repitiesen ataques similares. La llamada «Guerra global contra el terrorismo» abarca tanto medidas legales y policiales como intervenciones militares y operaciones de los servicios de inteligencia. Este nuevo tipo de guerra se desarrolla en un escenario de escala planetaria y son pocos los países que, de una forma u otra, no se han visto afectados o implicados.

En este contexto, el seguimiento de los sospechosos se convirtió en uno de los elementos primordiales para impedir que se produjesen acciones terroristas. Dicho seguimiento incluye acciones como el control de las comunicaciones, tanto telefónicas como escritas, que mantienen los presuntos terroristas. Un obstáculo para explotar esta información es que gran parte de la misma se vehicula en árabe, persa, urdu, turco u otras lenguas habladas en países islámicos, lo cual hace necesario disponer de traductores capaces de leer textos y de entender conversa-

ciones o discursos que puedan contener información relevante para las investigaciones. Por otra parte, en ocasiones también es necesario contar con intérpretes para poder interrogar a los detenidos. Para llevar a cabo estas misiones, cientos de traductores de todo el mundo fueron contratados urgentemente y se encontraron con la gran responsabilidad de ser la «fuerza de choque» de las investigaciones. Los traductores son un elemento imprescindible en esta campaña y su aportación ha sido crucial, aunque no ha estado exenta de polémica, hasta el punto de que «el problema de los traductores» se ha convertido en un tema recurrente en cualquier foro en que se trate la lucha contra el islamismo radical.

Este trabajo es una aproximación a los problemas que han surgido en torno a los traductores a lo largo de este primer lustro de guerra global contra el terrorismo. Dada la complejidad y amplitud del tema, me he limitado a tratar el caso de dos países: Estados Unidos, donde se produjeron los sucesos que desencadenaron este conflicto, y España, que también sufrió graves atentados atribuidos a terroristas islámicos. Se trata de una aproximación forzosamente incompleta y fragmentaria, ya que

gran parte de la información necesaria para llevar a cabo un estudio riguroso no es accesible debido a su carácter confidencial.

Estados Unidos y el 11-S

Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra las torres del World Trade Center de Nueva York y el edificio del Pentágono en Washington, el Congreso estadounidense designó una comisión que se encargó de investigar los hechos. El informe elaborado por dicha comisión, fechado el 22 de julio de 2004, señalaba que gran cantidad de información recopilada por el Federal Bureau of Investigation (FBI) antes del 11-S no pudo ser explotada por carecer dicho organismo del número suficiente de traductores de las lenguas empleadas por los terroristas: «*The FBI did not dedicate sufficient resources to the surveillance and translation needs of counter-terrorism agents. It lacked sufficient translators proficient in Arabic and other key languages, resulting in a significant backlog of untranslated intercepts.*» (NATIONAL COMMISSION on Terrorist Attacks upon the United States, 2004: 77)

Inmediatamente después del 11-S, el FBI inició una campaña de selección y contratación de traductores: «*Calling all linguists to serve your country*» era el desesperado mensaje que lanzaban los responsables del FBI en la página web de dicho organismo. Según el informe de la Comisión de investigación antes citado, se recibieron más de 30.000 solicitudes de aspirantes a traductores, y hasta la fecha de elaboración del informe la plantilla se había incrementado en 700 efectivos (NATIONAL COMMISSION, 2004: 473). Los candidatos eran sometidos a pruebas de idioma, una entrevista personal de seguridad, una prueba de polígrafo y una investigación exhaustiva de sus antecedentes. Este tipo de proceso selectivo demuestra la importancia que las autoridades concedían a la «fiabilidad», y no sólo a la capacidad lingüística y profesional de los candidatos, a la hora de contratar a sus traductores.

Los servicios de inteligencia y de seguridad estadounidenses interceptaban comunicaciones telefónicas e instalaban micrófonos en locales y domicilios, que grababan cientos de horas de conversaciones cada día. La mayoría de esas comunicaciones y grabaciones tenían que ser traducidas con celeridad del árabe y otras lenguas al inglés para que los investigadores pudiesen detectar posibles conspiraciones para llevar a cabo atentados en Estados Unidos. Sin embargo, pronto se constató que las ampliaciones de personal y presupuesto seguían siendo insuficientes para cubrir todas las necesidades de traducción, ya que la cantidad de documentos y grabaciones que era necesario analizar había aumentado en una proporción mucho mayor. Así se reflejaba en un informe del

inspector general del Departamento de Justicia, Glenn Fine, hecho público en septiembre de 2004, en el cual se denunciaba que el veinticuatro por ciento de los documentos interceptados no había sido analizado. De hecho, en el mes de abril de 2004, el FBI tenía sin traducir más de 123.000 horas de grabaciones en lenguas relacionadas con el terrorismo islamista, como el árabe, el persa, el urdu o el pashto. Además, según este informe, un tercio de las grabaciones relacionadas con Al Qaeda no se revisaban en el plazo de doce horas que prescribía la normativa del FBI, lo cual constituía un claro riesgo para la seguridad (EGGEN, 2004).

Los problemas del FBI con sus traductores fueron ampliamente debatidos a raíz de las denuncias de una traductora que fue despedida de dicho organismo, Sibel Edmonds. Esta ciudadana estadounidense, nacida en Irán y criada en Turquía, ingresó en el FBI tras los atentados del 11 de septiembre por sus conocimientos de turco, persa y azerí. Tras incorporarse a su trabajo, Edmonds advirtió una serie de irregularidades que puso en conocimiento de sus superiores y que después denunció públicamente. Edmonds fue despedida en marzo de 2002, a pesar de que el FBI reconoció que algunos de los hechos que había denunciado eran ciertos. Esta traductora afirmaba que la incapacidad del FBI para traducir a tiempo todos los documentos y las grabaciones no se debía sólo a la falta de personal, sino que era un acto deliberado por parte de los responsables del departamento de traducción para conseguir un aumento de presupuesto y de personal. En concreto acusaba a su supervisor, un estadounidense de origen libanés, de llegar al extremo de eliminar de su ordenador traducciones ya realizadas para retrasar su trabajo (CBS NEWS, 2004). Además de este retardo premeditado, Edmonds denunció casos de espionaje e incompetencia entre los traductores de turco del FBI (EDMONDS, 2004).

Frente a las críticas de Edmonds, la jefa de los servicios lingüísticos del FBI, Margaret Gulotta, afirmaba que la plantilla de traductores del FBI había crecido de forma considerable, sin que se hubiesen sacrificado los requisitos de seguridad y de conocimientos lingüísticos que se exigen a los candidatos (RUSSELL-BITTING, 2003: 21). Sin embargo, parece que sí existía un sentimiento de desconfianza entre los traductores. En la sede de la unidad de contrainteligencia del FBI, conocida como CI-19, en Washington, los traductores musulmanes nacidos en el extranjero estaban separados del resto del personal. En ocasiones, los traductores nacidos en Estados Unidos acusaban a sus colegas de origen árabe de hacer comentarios «poco patrióticos» o de realizar traducciones defectuosas (KLAIDMAN e ISIKOFF, 2003).

También los centros penitenciarios estadounidenses carecían de traductores suficientes para controlar las comu-

nicaciones de los terroristas encarcelados. Esta situación fue hecha pública por Hikmat «Joe» Mansour, un funcionario de la prisión federal de Lee County, en el estado de Virginia, el cual reveló que muchas de las comunicaciones que los presos mantenían en árabe quedaban sin analizar por la falta de traductores. Cuando Mansour denunció esta situación en una entrevista concedida a la cadena de televisión NBC, en marzo de 2005, en las cárceles federales había 119 presos pertenecientes a grupos terroristas, 40 de los cuales eran sospechosos de pertenecer a Al Qaeda, mientras que 23 estaban relacionados con los atentados del 11-S. Según el experto en antiterrorismo Daveed Gartenstein-Ross, hay casos bien conocidos de contactos entre terroristas encarcelados en las prisiones estadounidenses y personas o grupos afines en el extranjero, como demuestran las catorce cartas que intercambiaron terroristas encarcelados por el atentado contra el World Trade Center y una célula terrorista en España (MOWBRAY, 2005). Las declaraciones de Mansour repercutieron de forma muy negativa en su vida privada y profesional, pues recibió amenazas de muerte por haber traducido las comunicaciones de los presos y sus superiores no vieron con buenos ojos que criticase públicamente los fallos del sistema (LEE, 2005).

Pero muchos de los sospechosos de pertenecer a Al Qaeda no estaban internados en prisiones federales, sino en la base norteamericana de la bahía de Guantánamo, en Cuba, donde parece que sí existía una nutrida plantilla de traductores e intérpretes. Sin embargo, la capacidad profesional de estos traductores fue puesta en duda por algunos observadores internacionales, como el director de Human Rights Watch, Kenneth Roth, quien en una carta dirigida al secretario de Defensa estadounidense, Donald Rumsfeld, pedía que se tomaran medidas concretas para impedir que las declaraciones de los presos pudiesen ser tergiversadas por intérpretes incompetentes:

The military must address the problem of translation by employing more capable translators at future hearings. In addition, official audio recordings of the entire hearings (including all translations) should be maintained so that translations can be checked afterwards for accuracy. What cannot be fixed are mistranslations that occurred during the interrogation of the defendants, other detainees, and witnesses that will be submitted as evidence. Given the obvious shortcomings of the official translators at these public hearings—before defense counsel, the international media and non-governmental observers—there can be no basis for confidence that the translators involved during closed interrogations would meet necessary standards of competence. (ROTH, 2004)

Para los mandos militares, el principal problema que se planteaba en Guantánamo era qué grado de confianza podían depositar en unos traductores que en muchos casos habían nacido en el extranjero y que compartían lengua y religión con los detenidos en cuyos interrogatorios

participaban. Bill Tierney, un intérprete militar de Guantánamo, calificó los interrogatorios que se llevaban a cabo en dicha base de «desastre». En una entrevista publicada en *El País* el 17 de octubre de 2003, Tierney critica en primer lugar que se autorizase el acceso a información clasificada a personas cuyos antecedentes y afinidades ideológicas no habían sido convenientemente investigados, pues esto, en su opinión, había permitido la infiltración de elementos afines a la ideología terrorista entre los traductores de Guantánamo. Por otra parte, Tierney destaca la importancia de los dilemas morales y la presión psicológica que a veces sufrían los traductores: «[...] los jefes sabían desde el principio la presión a la que estaban sometidos los traductores musulmanes, porque los detenidos les llamaban traidores y les acusaban de aceptar dinero de los infieles y de no seguir el Corán.» (TOWNSEND, 2003).

Charles Abell, un alto funcionario del Departamento de Defensa, reconoció que la gran demanda de traductores les había obligado a no ser demasiado estrictos con los requisitos de seguridad que se les exigían a éstos. En este sentido, Kevin Hendzel, presidente de la American Translators Association, advirtió que la imperiosa necesidad de traductores del Gobierno estadounidense podía ser aprovechada por los terroristas para infiltrarse en los organismos oficiales (MINTZ y VISTICA, 2003).

En Guantánamo se produjeron dos casos de supuestos «traductores traidores» que trascendieron a los medios de comunicación. El primero fue el de Ahmad Halabi, un joven miembro de la Fuerza Aérea estadounidense, de origen sirio, que trabajaba en Guantánamo traduciendo del árabe la correspondencia que los presos mantenían con sus familias. El 23 de julio de 2003, Halabi fue detenido y acusado de tener sin autorización cartas de los presos y otros documentos acerca de la prisión de Guantánamo. En total eran treinta los cargos que se le imputaban, entre ellos el de espionaje y colaboración con el enemigo (SCARBOROUGH y MILLER, 2003). Sin embargo, poco a poco estos cargos fueron siendo retirados, y se descubrió que algunas sospechas estaban basadas en errores de traducción. Una antigua traductora militar, Suzan Sultan, reconoció que había traducido erróneamente la palabra قطر (qtr) que aparecía en una de las cartas dirigidas por el Gobierno sirio a Halabi. Dado que, como sucede normalmente en árabe, esta palabra no llevaba marcadas las vocales breves, Sultan entendió que las autoridades sirias daban permiso a Halabi para visitar Qatar, cuando en realidad le estaban autorizando a visitar el «país» (qutr) (JADDA, 2004).

El recelo de los mandos militares llegó a tal extremo que éstos dieron la orden de que se prohibiese a Halabi emplear el árabe mientras estaba en prisión a la espera de ser juzgado, incluso para comunicarse con sus familiares

que no hablaban inglés, por lo que se vio en la situación de necesitar un intérprete árabe-inglés para hablar con su familia (MINTZ, 2004). Finalmente, Halabi se declaró culpable de cuatro cargos menores, entre los que figuraban falso testimonio, desobediencia y mala conducta, y en septiembre de 2004 fue condenado a diez meses de cárcel, que por aquel entonces ya había cumplido (PARKER, 2004).

Otro traductor que había sido contratado para trabajar en la base de Guantánamo, Ahmed Mehalba, de origen egipcio, fue detenido el 29 de septiembre de 2003 cuando aterrizó en el aeropuerto internacional de Boston procedente de Egipto. En su equipaje se encontraron más de un centenar de discos compactos que contenían documentos oficiales secretos. Mehalba fue acusado de falso testimonio y de negligencia en el manejo de información clasificada, aunque la fiscalía pidió una pena reducida debido a que sufría problemas psicológicos. En febrero de 2005, Mehalba fue condenado a 20 meses de prisión (ZEZIMA, 2005).

A diferencia de Halabi, Mehalba no era funcionario del Gobierno, sino que trabajaba para una empresa subcontratada por el Departamento de Defensa llamada Titan. Esta empresa facilitaba traductores e intérpretes a las tropas estadounidenses desplegadas en Irak y Afganistán, y sus competidores la acusaban de haber contratado a taxistas, estudiantes y oficinistas con conocimientos de las lenguas en cuestión, pero sin formación específica para ejercer como traductores e intérpretes. Sin embargo, Titan afirmaba que sus traductores, cuyo número ascendía a 4.200, cubrían perfectamente las necesidades lingüísticas de los militares. Varios traductores de esta empresa también se vieron implicados en escándalos como el de las torturas de la cárcel de Abu Ghraib, situada cerca de Bagdad, donde un traductor, Adel Nakhla, participó en los maltratos a los presos, mientras que otro, John Israel, fue acusado de mentir a los investigadores militares (MERLE, 2004).

El conflicto desatado en Irak, que el gobierno estadounidense sitúa en el marco de la guerra contra el terrorismo, posiblemente sea en el que más intérpretes han muerto en acto de servicio. Casi la mitad del personal civil contratado por el Pentágono muerto en Irak eran intérpretes, en su mayoría iraquíes, pero también varios estadounidenses. Los intérpretes iraquíes que trabajan para las fuerzas extranjeras no sólo están expuestos a los mismos peligros que los militares a quienes acompañan, sino que además son acosados por los grupos que luchan contra la ocupación, que los consideran colaboradores y traidores, y que en ocasiones llegan a cumplir sus amenazas. En julio de 2004 una intérprete iraquí fue ejecutada en su casa delante de su familia y en noviembre de ese año otro intérprete, también iraquí,

fue secuestrado cuando se dirigía a su trabajo y posteriormente fue asesinado. Un caso dramático fue el de Luqman Mohammed Kurdi Hussein, un intérprete kurdo que trabajaba para Titan y que fue secuestrado por los insurgentes en octubre de 2004. Sus captores grabaron su decapitación en vídeo y distribuyeron las imágenes a través de Internet. Otro intérprete de Titan, el sudanés Nouredin Zakaria, fue secuestrado en Ramadi, también en octubre de 2004, pero sus captores lo dejaron en libertad. A mediados de 2005 ya habían muerto 126 empleados de Titan en Irak. Los asesinatos de intérpretes formaban parte de la estrategia de acoso a las fuerzas de ocupación, pues los insurgentes sabían la importancia que éstos tenían para los militares extranjeros (ASSOCIATED PRESS, 2005).

Con el fin de conseguir una mayor autonomía lingüística en las Fuerzas Armadas estadounidenses, el Defense Language Institute, situado en Monterrey, en el estado de California, aumentó el número de sus alumnos, especialmente en idiomas como el persa y el árabe, y añadió a su oferta nuevas lenguas consideradas importantes en la lucha contra el terrorismo, como el dari, el pashto, el checheno, el uzbeko y el urdu. En este instituto se desarrollan cursos intensivos, con al menos seis horas de clase al día durante 18 meses. Al finalizar estos estudios, el 90% de los alumnos va destinado a puestos de inteligencia, muchos de ellos en zonas de conflicto (TYSON, 2004).

Sin embargo, parece difícil que un curso acelerado sea suficiente para formar a traductores que tendrán que llevar a cabo tareas tan delicadas como las relacionadas con la lucha contra el terrorismo. De hecho los errores de traducción han provocado numerosas confusiones que a veces han tenido graves consecuencias para personas inocentes, como denuncia la escritora y traductora Suheila Al-Jadda: «*The federal government's lack of Arabic translators and the insufficient understanding –and consequent poor translation of the language by the translators it does have may mean more Arab-Americans, immigrants, and foreigners could find themselves caught up in the government's dragnet.*» (JADDA, 2004).

En el caso del árabe, una de las principales fuentes de errores de traducción es su gran variedad dialectal y los numerosos extranjerismos «arabizados» que se emplean en el lenguaje cotidiano. Un ejemplo de las consecuencias que puede tener un error de comprensión de una palabra en una simple conversación telefónica es el caso de Laid Saidi. En mayo de 2003 este ciudadano argelino fue secuestrado en Tanzania por agentes de la CIA y llevado a Kabul, donde permaneció detenido más de un año. En los interrogatorios, los agentes le preguntaban insistentemente por una conversación telefónica que había mantenido con la familia de su mujer y en la que supuestamente había hablado de aviones. Said intentaba des-

esperadamente hacerles entender que se habían confundido, pues él había dicho «neumáticos» empleando la palabra «*tayrat*», que se compone de la inglesa «*tyre*» y del sufijo de plural árabe «*at*», y no «aviones», o sea «*tayarat*» en árabe (ERKAIZER, 2006).

Otro aspecto de gran importancia es la sensibilidad cultural, tan relevante a veces como la propia competencia lingüística. Ali Darwish estudió los panfletos que los aviones estadounidenses lanzaron sobre territorio iraquí conminando a las tropas de Saddam Hussein a rendirse, en los que, por ejemplo, aparecía la bandera de Irak con manchas de sangre sobre la expresión *Allahu Akbar*, demostrando así un absoluto desconocimiento de la repulsión que la imagen del nombre de Dios manchado de sangre despertaría en los iraquíes. Darwish atribuye la responsabilidad de estos desaciertos a los llamados «*psyopers*», especialistas en operaciones psicológicas del Gobierno estadounidense, y a los traductores incompetentes: «*Not only have these experts overlooked vital cultural differences, they have also shown poor understanding of the translation process and more so the absolutist literal translation approach adopted by many ill-trained, under-skilled Arabic translators.*» (DARWISH, 2004).

La guerra contra el terrorismo ha hecho que los estadounidenses se den cuenta de que la hegemonía del inglés y de la cultura anglosajona en el mundo no les exime de tener que aprender otras lenguas y conocer otras culturas. A pesar de contar con una gran colonia de inmigrantes procedentes de países no anglófonos, Estados Unidos no ha fomentado el multilingüismo y, de hecho, utilizar otra lengua que no sea el inglés está mal visto en los centros educativos y en los lugares de trabajo. Numerosas voces ya se han alzado para reclamar que esta situación cambie. Richard Brecht, director del National Foreign Language Center señalaba en este sentido: «*September 11 did not change the world, it changed our understanding of the world, kindling a spark of awareness that our ignorance has implications for our safety. We have one huge deficit: too few speakers of too few languages*» (RUSSELL-BITTING, 2003: 21)

